

Breviario

Prosa sobre ruedas

Luis Pousa
Breviario del bus

REY LEAR
118 PÁGINAS
9,95 EUROS

PERE GUIXÀ

La relación del tren con la literatura es tan literaria que casi sonroja. En cuanto al metro, Cortázar agotó el tema con sus dos cuentos en el metro de París (el mapa del subterráneo de Londres o Barcelona o Moscú será para siempre "un arbolito mondrianesco"). El ascensor se suele asociar al microcuento, pero lo cierto es que Coover, Monzó, Buzzati o Espinàs tienen relatos que tratan lo infinito. Y el taxi es surrealista, pues describe el encuentro de dos personas opuestas en un cuatro latas.

Luis Pousa (Lugo, 1971) ha escrito un libro para leer en el autobús, aunque este propósito peca de modestia, porque el libro es bastante mejor. Hay veinticinco textos que sobre todo comentan autores o textos relacionados con este transporte. Josep Pla, Cela o los ejercicios de estilo de Queneau son los nombres más inmediatos. Pousa también nos habla de lo cotidiano de una parada de autobús en medio de la nada, de los autobuses nocturnos o de la cafetería de los finales de línea (son tres de las mejores prosas, erizadas de melancolía). La

pieza sobre un ladrón de autobuses es antológica, y muestra el buen humor que permea el volumen, sostenido por una prosa tan locuaz como detallista, con brotes de lirismo y trabucos gonzo, que te hacen botar como si viajases en el asiento de la rueda.

Pousa rompe en seguida la unidad temática y ya nos está hablando de trolebuses, tranvías o autocares. El texto sobre Bukowski y sus largos viajes nocturnos en autocar nos da la cara B de los relatos norteamericanos de motel. La historia de Camba yendo a hacer un repor-

taje sobre Anatole France y escribiendo finalmente de autobuses también es muy buena, así como descubrir que el poeta Walt Whitman era un fan del autobús (lo asociamos a lo popular, pero no a lo urbano).

Una idea genial de editor: hacer un librito para leer en el autobús. Entre la cubierta de cómic y las diversas ilustraciones, casi caemos en este hoyo. Pero este breviario es también *El viajero más lento*, el gran libro de artículos de Enrique Vila-Matas, y la cantidad de escritores y chifladuras que nos presentó. Si el libro llega a un lector curioso, o joven, tomará buena nota de ir al encuentro de los amigos de Pousa. Vila-Matas y Cortázar por encima de todo; Fogwill, Cunqueiro, Percec, De Maistre o Gómez de la Serna como invitados de excepción. Parada obligatoria. |

Novela

Todo lo que no nos dijimos

Albert Chillón
El horizonte ayer

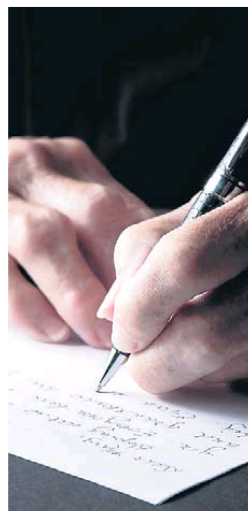
LUCE DE GÁLBO
510 PÁGINAS
20 EUROS

ALBERT LLADÓ

Una mujer, sola, afronta la vejez en su piso de un suburbio barcelonés. Su hijo, un profesor universitario afincado en Melbourne, vuelve al barrio donde creció para velarla. Estas dos voces, como si fuese un partido de tenis, van hilvanando *El horizonte ayer*. Albert Chillón (Barcelona, 1960) consigue una novela de prosa minuciosa que encuentra en el detalle el mecanismo perfecto para activar el artefacto literario.

A las puertas de la muerte, Julia escribe a Manuel para explicarle todo aquello que, para no preocuparle, no le dice por teléfono. Sus achaques, sí, pero también el aislamiento, o la historia familiar de alguien que ha sufrido las consecuencias de una guerra civil. El hijo, por su parte, durante el vuelo que le devuelve a casa, rememora la patria de la infancia, la ausencia del padre que creía muerto de infarto, o la pregunta, siempre abierta, sobre la identidad individual y colectiva.

Julia recuerda la severidad de su padre (al que llamará "Sargento Chichones"), que "nos zurraba de lo lindo a la mínima excusa", la generosidad del abuelo, que "se levantaba antes de cantar un gallo, y preparaba una cazuela de sopas de ajo para que encontrásemos listo el almuerzo al despertar", las dificultades con las que ha crecido, "hija de una mujer humillada y de un cafre mezquino", o la decadencia que va haciendo mella en su propio cuerpo; "ya no soy yo, sino una



Una mujer escribe cartas a su hijo GETTY

vieja achacosa la que se observa al espejo". Manuel viaja a sus primeros tiempos gracias a una marca de chocolate (Elgorriaga), a las fotos en blanco y negro que descubre de niño, al juego (el escondite, "que era el gran clásico entre aquellas escaramuzas en grupo"), al escor-zor de la colonia (Myrurgia) que su madre utilizaba para peinarle la raya, a las expresiones traducidas literalmente al castellano (la *baldufa*, la *charranca* o la *barrecha*) o al momento en el que toma conciencia, muy temprano, que "la vida no era una infinita quietud, sino un fluir sin vuelta".

Distancia y ternura, y también abismo generacional e incomunicación, es lo que hallará el lector en este texto elegante, lleno de estilo, un diálogo íntimo, imposible, entre una madre y un hijo que se hablan desde el monólogo interior. La descripción de la puerta cerrada, muda, o el viejo interruptor, delatan, finalmente, la importancia de las ausencias. |

Novela

Donde viven los peces ciegos

James Sallis
El regreso de Driver
Traducción de
Ramón de España

RBA
144 PÁGINAS
17 EUROS

SERGÍ SIENDONES

Con *El regreso de Driver*, James Sallis (Arkansas, 1944) vuelve a dar vida al enigmático personaje literario que hace un par de años saltó a la fama mundial interpretado por el actor Ryang Gosling en *Drive*, la aclamada cinta de Nicolas Winding Refn. En aquella película, los largos silencios y los fuertes contrastes entre escenas de un sentimiento cálido y de una fría violencia, así como una banda sonora bordada, fueron efectivas formas de llevar a la pantalla la concisa prosa

de Sallis. Una prosa capaz de sintetizar en poco más de cien páginas una trama criminal de tintes poéticos y filosofía existencialista.

Ganador del premio Dashiell Hammett 2012 con *The killer is dying* (próximamente en RBA), autor de una serie de novelas protagonizadas por el detective Lew Griffin, crítico literario, poeta, ensayista, traductor, músico de *country* y *blues*... Sallis ha visto como la industria de Hollywood es capaz de propulsar a un escritor, añadiendo a su labor una gran presión pro-

ductiva. Cosa que no siempre juega a favor de las obras. Por suerte para todos, la secuela de *Drive* aguanta el pulso y lo hace gracias a los detalles, a unos diálogos herederos de George V. Higgins -sin tanta verborrea- y a una capacidad natural por mezclar un elegante *pulp noir* de persecución y patada en el cuello, con cuestiones como la búsqueda "de una idea que lo explique todo" o el determinismo enfrentado al libre albedrío ("¿cuánto elegimos y cuánto nos cae encima?").

El regreso de *Driver* habla de la

incapacidad de su protagonista por escapar de sí mismo. No importa que hubiera conseguido apartarse de su antigua vida para regentar un negocio honrado de la mano de su prometida, siete años después se lo arrebatan todo. "Y le habló de cómo se había quedado plantado junto al cuerpo de Elsa, de cómo, en el pasado, había matado, una y otra vez. De los asesinatos que ahora venían a por él. De cómo no dejaban de aparecer y podían estarlo haciendo durante el resto de su vida". Más allá del entramado criminal por resolver (con elipsis marca de la casa), el libro tiene la virtud de devolver a su protagonista a la carretera preguntándose si lo hace por imposición, o porque "no es precisamente eso, irte al fondo, donde viven los peces ciegos, lo que siempre has querido?". |